



Mientras llegan por mí

Rodrigo Pérez Gil


LETRA X LETRA
— NOVELA —



Mientras llegan por mí

Rodrigo Pérez Gil



Pérez Gil, Rodrigo, 1947-

Mientras llegan por mí / Rodrigo Pérez Gil. -- Medellín : Editorial EAFIT, 2024.

135 p. ; 14 cm. -- (Letra x Letra. Novela).

ISBN: 978-958-720-937-2

ISBN: 978-958-720-938-9 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-939-6 (versión PDF)

1. Novela colombiana – Siglo XX. 2. Literatura colombiana – Siglo XX.

I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

P438

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Mientras llegan por mí

Primera edición: diciembre de 2024

© Rodrigo Pérez Gil

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur - 50

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-937-2

ISBN: 978-958-720-938-9 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-939-6 (versión PDF)

Coordinación editorial: Marcel René Gutiérrez

Corrección de textos: Marcel René Gutiérrez y Carmiña Cadavid Cano

Diseño, diagramación y carátula: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Editado en Medellín, Colombia

Todo lo bueno es libre y salvaje
Henry David Thoreau



Desde su cabaña en el bosque, lejos del mundanal ruido, medio dormido, oyó una voz ronca y perentoria, aunque afable, que lo llamaba, una voz como venida de lo alto del cielo o acaso de lo profundo de las cavernas del Nus que le decía: Jonás, despertá, abrí los ojos, levántate, echate agua en la cabeza y en la cara, ¿sí me oís?, te escogí pa una encomienda que urge, vos tenés tus años y sos el indicado pa esta faena, juntá tus chiros en la jíquera y largate de una pa Nínive, clamá contra ella, porque se ha vuelto un criadero de bellacos, de cacos, de rufianes, de ruines, de viles, de infames, de malandros y atravesados, decíles que tienen cuarenta días pa cambiar o de lo contrario, que lo tengan por seguro, de la ciudad, sus pobladores y sus animales no quedará piedra sobre piedra, decíles que yo te mandé a decir eso.

Jonás se pone a ver y siente que no es lo suyo meterse con esa chusma, confía en la misericordia de Dios para con esa gente y se embarca en una dirección contraria a Nínive, rumbo a Tarsis, sin imaginar que de esa manera se

anticipaba a la intención de Dios, al ocultarse y huir de Él, al traicionarlo, mucho mejor que si obedeciera.

Duerme apaciblemente en el barco el sueño de los justos cuando, inesperada, una tempestad tremebunda se atraviesa en la navegación y pone en peligro el barco junto con los pasajeros. Los marineros echan suertes a ver quién es el *fucú*, la sal del barco y la suerte cae en Jonás, los dados estaban *cargados* por el que sabemos. Confiesa haber desatendido una misión encomendada por Dios, que lo echaran, pues, al mar. Así lo hacen y la tormenta cesa al instante...

Jonás cae al mar y, en lugar de ahogarse, es tragado por una ballena. Navega dentro de ella tres días y tres noches, ocasión propicia para meditar sobre su suerte y acerca de cómo su desvío de Dios, al intentar alejarse tanto como pudo de Nínive, lo estaba llevando, presentía, por caminos impredecibles, a la ciudad temida y al encuentro de la chusma, luego de ser regurgitado por el monstruo en unas playas. Era necesario este rodeo, pensó, ser tragado por una ballena que se alimenta de plancton y no de presas grandes, para abrir los ojos, saber con quién trataba, llenarse de coraje y cumplir el mandado, esto de anunciar tormentas sin pararrayos. En la última de estas noches en las entrañas del monstruo, alumbrado con una lámpara cebada con aceite de ballena, ni más faltaba, y para agradecer al monstruo su cálida hospitalidad, Jonás cantó un tango a la vista y al oído de las innúmeras criaturas que se alojaban dentro de la ballena, al oído de la ballena misma y, a través de esta, a los oídos de muchas otras ballenas en el mismo

mar del que provenimos todas las criaturas y adonde volvemos, antes de coger el camino al ancho universo, un tango que también oyó Dios en su modorra profunda cuando no estaba amenazando o aniquilando a los enemigos del pueblo judío, “Mis delirios”: *No se puede torcer el destino / como débil varilla de estaño. / Si al amor lo adormece un desprecio, / más tarde despierta terrible, incendiario...*

A mi guarida habían llegado ecos del canto de Jonás que me pusieron a cantar. Pensaba si acaso el destino, o mi carácter, y la urgencia del momento, destino que, como el de Jonás, no sigue caminos rectos sino culebreros y que se puede torcer sin romperse, lo que ha hecho conmigo durante el último tiempo es llevarme por medios impredecibles, entre ellos la escritura, al encuentro de ciertas experiencias sexuales como si estuviera desplegando un pliegue que tenía replegado en mi vida, actualizando, encarnando y vivificando un amor antes virtual, real sin ser actual, ignorado, agazapado, velado, un amor que ahora despierta, terrible, incendiario, el amor hacia una travesti, una querencia largo tiempo alojada en una suerte de doble que se mantuvo por tantos años como en la trastienda, a veces como el diablo encerrado en la botella que, una y otra vez, sacó la cabeza con estrépito y ruido de vidrios al romperse, resentido por la falta de atención y cuidados dispensados ni poquito por el yo principal: una suerte de doble que ahora se incorpora y se yergue con gozo y sin ruido, y que está haciendo de mí una persona más completa, ligada a una legión al mismo tiempo a la vista y clandestina, que ha crecido de manera insólita y vertiginosa en

los primeros veinte años del nuevo siglo, en tanto se hace manifiesta una aguda crisis de la heterosexualidad y del patriarcado en cabeza de los ruinosos hombres de Estado y de las anticuadas instituciones, hechos y hechas para una gente y para un espacio-tiempo que hace mucho desaparecieron, y que no han encontrado relevos, de ahí la crisis, para una nueva gente. La causa del Hombre pareciera sin redención y sus expresiones terríficas, caldo de cultivo de los peores engendros. Causa malograda a lo largo de tantos años, por sus frutos la conoceréis. Quizás ahora, caído, lo puedo amar, al hombre, hay que ver.

Un testigo es el *Angelus novus*, de Paul Klee, según Walter Benjamin, quien dice de él que su rostro está vuelto hacia el pasado, y que allí donde aparece una cadena de acontecimientos, él solo ve una sola y única catástrofe, que acumula permanentemente ruinas sobre ruinas y las arroja a sus pies, un montón de ruinas... que se eleva hasta el cielo. Este ángel es empujado por una tempestad, que es el progreso, que ya no es el paraíso, pensaba yo, hacia el futuro, al que da la espalda, en el que ya no creemos, me decía.

Es un hecho muy cierto que cuando vino al mundo la generación a la que pertenezco, nacidos entre 1947 y 1953, en plena Violencia, encontró el mundo desprovisto de apoyos para quien tuviera cerebro y al mismo tiempo corazón. Y eso, gracias al trabajo destructivo de las generaciones anteriores. Nos quedamos sin apoyos en el orden religioso, en el orden moral, en el orden ético y en el orden político. De todas las consolaciones nacimos huérfanos. Así las cosas, pensaba que el objetivo era capitular, acoger y empujar

la caída y la muerte de este Hombre viejo, obsoleto, autoritario, patriarca de un siglo xx torturado y vencido. Es lo que creía estar haciendo, sin saber si llegaría, o no, a algún Pereira, si llegaría lejos o si apenas tendría chance, como Moisés, de atisbar la tierra prometida, sin nunca entrar a ella. Igual, no más que por su poderosa presencia, sentía que valía la pena y la dicha el intento por actualizar esta suerte de doble a lo largo de bifurcaciones y caminos sinuosos, entre cavilaciones, deseos, temores y movimientos inesperados, frutos de la condición del agente, de la suerte o de las circunstancias.



Por lo que sigue se podrá ver que, al igual que Jonás, yo soy uno de esos que se empeñan en probar lo fundado o lo consistente de algo, un intento, una vivencia, una experiencia, mediante el método de reducción al absurdo: se supone que algo es verdad, que algo es cierto, que algo es posible, fugarse de la encomienda de Dios en el caso de Jonás, por ejemplo, y, por medio de procedimientos lógicos, o de vicisitudes inesperadas, llegar a una contradicción, a un absurdo o a un sinsentido, por lo que se concluye afirmando la proposición contraria a la hipótesis inicial.

Este método fue puesto a prueba entre los griegos antiguos para demostrar que no era posible que un número racional, o fraccionario, que eran los números conocidos hasta el momento entre los griegos, midiera la diagonal de

un cuadrado de lado uno, lo que dio origen a los números irracionales, como *raíz cuadrada de dos* que mide esta diagonal. En este caso, el método de reducción al absurdo se reveló prolífico: resultó que, contra toda evidencia, el irracional era legión: había infinitos números irracionales, e innumerables lógicas irracionales, como las de los movimientos aberrantes, esos que arrancan de sí y que hacen desviarse del equilibrio, de la línea recta, de la norma, del dogma, de la doctrina, del patrón, de lo mandado, de lo establecido, de lo honrado, de lo venerado y ensalzado desde tiempos antiguos..., y que llevan a experimentar en lo que se sale de los surcos, en lo poco conocido, en lo no normado.

Movimiento aberrante el del abejorro que alguna mañana, o alguna tarde, antes de que sus hembras entren en calor, se echa a volar sin rumbo y es atraído por la fragancia que exhala la orquídea *Ophrys bombyliflora*, a la que se acerca, en cuya corola le parece ver a una hembra en calor, que así huele, y con quien se apareará y tendrá un orgasmo para beneficio de esta orquídea que se quiere reproducir y lo impregna de polen en este contacto, de tal manera que él vaya y fertilice a otra orquídea lejos de ella: ejemplo de fecundación cruzada, o de evolución no paralela, entre especies heterogéneas, un animal y un vegetal, como quien dice, *bodas contra natura*.

Este conspicuo y peculiar principio de reducción al absurdo se puso a prueba en algunas bifurcaciones importantes acaecidas en mi vida: supongamos que fuera posible iniciarme para ser cura desde la adolescencia, supongamos

que fuera posible hacer la revolución mientras estudiaba en la universidad, supongamos que fuera posible ser ingeniero, supongamos que fuera posible ser marido, en fin, supongamos que pudiera contraer una relación de pareja heterosexual en la madurez. En cada uno de estos casos se llegó a un absurdo, a una contradicción o a un sinsentido, y me doy cuenta, ¡ah, no sin sorpresa!, de que, precisamente, estos caracteres, el absurdo, la contradicción y el sinsentido, son propios de cierto escritor, de cierta escritora, *isn't that crazy...*?, de unos que han hecho del absurdo, de la contradicción y del sinsentido una pasión.

La prueba por reducción al absurdo, en mi caso, dio que ni ser cura, ni ser ingeniero, ni hacer la revolución, ni ser marido, ni ser pareja. Solo que la prueba, también en cada caso, dejó sus marcas, no se naufraga impunemente, y no se es testigo del mal impunemente. A mis doce años, el azar y la violencia trajeron a casa de mis padres, justo tres meses antes de que me internara en un seminario, el sombrero hendido y ensangrentado del abuelo paterno asesinado de dos machetazos en el pueblo donde vivía, a sus noventa y tres años. Se disponía a salir de su casa, mientras caía una leve llovizna, con el sombrero puesto y el asesino detrás. El sombrero ensangrentado y hendido en dos partes, una vez en casa, me miró, entre trece hermanos y hermanas, directamente a mí, interpe-
ló al chico de doce años sensible al sufrimiento ajeno, y tímido, a diferencia de mis hermanos casi todos ellos extrovertidos y guapos pa peliar, uno a quien impresionaba ya la violencia que observaba entre los muchachos en el

colegio y en la calle. Al amor por mi madre, que quería un cura en su familia, se sumó este acontecimiento que me movió el piso y me llevó a bifurcar, salir de la casa familiar y exponerme, afuera, a lo largo de tres años y tres meses interno en un seminario, oyendo al anochecer de cada día la prédica acerca de los enemigos del hombre, el mundo, el demonio y la carne, en la que se ponía un acento especial y reiterativo en la carne y en los pecados de la carne y en la condenación eterna entre las llamas del infierno por los pecados de la carne, lo que dejaría en el chico sensible que yo era una marca duradera en la forma de una acentuación de la timidez y de una interiorización de los instintos, de tal modo que las impresiones, recibidas o emitidas, debían pasar por la inteligencia antes de ser asimiladas o exteriorizadas, y en la forma de una mala conciencia acendrada, así que pensar o sentir algo relativo al sexo se hacía con vergüenza y como con una piedra de molino al cuello... La maldición sobre el sexo venía de muy lejos, tanto como la obsesión cristiana por la suciedad natural del cuerpo, al punto que santas hubo que jamás se lavaron ni siquiera las manos, para no contaminarse. Hoy día, la gente se las lava demasiado, una y otra vez, para lo mismo. Tierno, introvertido, fue cristalizando en el adolescente un terror, al mismo tiempo que un deseo, inusitado, por la mujer y por el cuerpo desnudo de la mujer, y ni qué decir el tamaño del terror por el cuerpo desnudo de un hombre, imagen esta que apenas se vislumbrara, en un sueño, ¿o fue real?, tomado de la mano con otro chico bajo el agua del lago del semi-

nario, deseo y terror que nunca aflorarían, a diferencia de la imagen del cuerpo desnudo de la mujer, que lo asolaría.

La primera vez que fui, todavía estaba joven, a consultar un psicoanalista, este me dijo, aunque casi nunca habla, él es una oreja a sueldo, no hay que olvidarlo, me dijo que mi caso era el de una persona, digamos, *deconstruida* en su adolescencia, que carga con el Mal, como Jonás, y que se ha de construir a sí misma a lo largo de la vida, así como fabricará el amor, en cada caso.

Salido del seminario de quince años, le decía al doctor, un chico tímido, inteligente, dotado de una hermosa caligrafía, alto y buen mozo, con una autoestima, en su fuero interior, *underground*, y una poderosa inclinación al amor tinieblo, encontraría el primer amor con una criada, sin tocarla nunca. Un amor cortés, que se manifestaba como un potente deseo mantenido en los predios de la imaginación y puesto en ebullición con solo mirarla a distancia. Ella cocinaba, lavaba la ropa y dormía en un cuarto adecuado en el solar de la casa, una mujer madura, de mediana altura, delgada, con marcas en un rostro seco, con arrugas y sin atractivo alguno, no hablaba más de tres palabras, no se le veían los ojos, activa en sus quehaceres con la cocina y ensimismada, que la madre había traído consigo de Mangu-ruma, vereda de Frontino, y que estaría con ellos por muchos años. Los domingos, cuando se enrarecía la población en casa, yo, de quince años, acabado de salir del seminario del todo enrarecido de mujeres, la *gatiaba* mientras ella se movía dentro de su cuarto, de pronto en un cambio de prendas o arreglando su cama, la miraba a hurtadillas, sin

poder constatarlo me parecía, o quería creer, que su cuerpo desnudo, que nunca vi, no era tan maltrecho como su rostro y su figura vestida, y ella percibía mi mirada deseosa, o la olía, sin nunca mirarme de plano o emitir algún signo que dijera que estaba en sintonía, por mucho tiempo conocí acerca de mi deseo vivo por ella y me deseó, sin ninguna manifestación por parte de ninguno de los dos, taciturnos, salvo un regalo que ella me hiciera, dos individuales para la mesa, cuando yo me casé y salí de la casa.

Mi primer amor, le decía al doctor, un amor cortés, sin tocarnos, alimentado con mensajes a distancia y miradas a distancia. Mi segundo amor fue también un amor cortés, sin tocarnos, a mucha mayor distancia. Una tarde soleada de verano, con buen clima, buen aire, daban ganas de respirar hondo, un temperamento delicioso y habitual hacia 1963 en la tacita de plata con pocos carros, tendría dieciséis o diecisiete años y me refugiaba en el zarzo del solar de la casa, muy concentrado, y alerta, otros hermanos mayores y menores llegaban de vez en cuando a esta guarida. Miraba un precioso libro, que había atisbado en el nochero y días más tarde entre las prendas de una hermana mayor, con maravillosas fotos de mujeres negras desnudas de África, de Oceanía, de Nueva Zelanda y de Nueva Guinea, algunas con collares de semillas coloreadas, grandes zarcillos en las orejas y otros más pequeños en las narices, con pulseras, brazaletes, tocados y trenzas en la cabeza, rostros tatuados, o simplemente desprovistas de todo, desnudas de pies a cabeza, como Dios las trajo al mundo. Estas mujeres de grandes ojos oscuros y pelo crespo, con trenzas o sin

trenzas, esbeltas, con senos breves y erguidas a la altura de su dignidad, despertaban en mí, doctor, créame, hasta los últimos rincones de cada uno de mis átomos libidinales y los orientaban muy lejos de la casa y del barrio donde yo vivía, me sentía totalmente poseído por las ganas de contagiarme con estas mujeres que se me hacían las más hermosas y deseables criaturas humanas sobre la tierra. Incluso las negras pigmeas de Nueva Guinea me excitaban sobremanera, doctor...

Estaba intrigado y bastante conmovido por la potencia de un deseo exógeno que parecía tan bien orientado, anhelaba una especie de fecundación cruzada, como la del abejorro y la orquídea, de reinos distintos, con estas negras, como si yo, un joven con sangre blanca, negra y mestiza criado en un ambiente blanco que miraba al Norte, fuera de un reino distinto al de ellas, a tal punto removían estas imágenes, con las que me había topado justo al principio de mi juventud, tiempos y espacios muy antiguos, vastos y profundos en mí, doctor, para venir a tocar lo más íntimo y lo más cercano en mi tiempo presente...

Acostumbrado a ver imágenes de santos de la iglesia, todos vestidos, que me dejaban frío, las de san Sebastián flechado, en cambio, las de los niños mártires crucificados y las de Cristo en la cruz me ensimismaban, y aun llegaron a ponerme en éxtasis por instantes, mientras que estas imágenes de mujeres negras desnudas simple y llanamente me poseían, me arrebatában. En el medio donde vivía, tan deseables las sentía venidas tan lejos de oscuros mundos, era de veras como si fuéramos de reinos distintos, a la manera

del abejorro y la orquídea, un animal y un vegetal, estas mujeres negras y yo, criado en un ambiente blanco de acuerdo a la divisa acuñada por don Marco Fidel Suárez en 1918 cuando fue presidente: “*Respice polum* (mirad al Norte)”. Un ambiente y una cultura blanca que miraba al Norte, al imperio blanco cuyo fulgor deslumbra y ciega. Y sin embargo, o precisamente por eso, sufría el acceso y el acoso del deseo punzante de cruzarme, de contagiarme con una negra lejos del medio blanco aséptico donde yo vivía, una negra de Nigeria, del Congo, de Nueva Guinea, de Etiopía, que encontraría en la negra Lucy, de la que probablemente venimos todos..., una negra de Senegal, en fin, que encontraría, joven, en París, fugazmente, en la bella y tierna mulata francosenegalesa Adèle, que me escogió en un baile donde las mujeres sacaban a bailar a los hombres, y donde se repetiría algo característico en mi vida: el hecho de que yo, aunque seductor, no fuera el tipo del cazador, sino el tipo del que es cazado..., y el hecho de que mis mejores amores fueran fugaces. Los amores que duraron, que dolieron, me sirvieron de medios expeditos para sufrir, en cada caso, a manos de una mujer, una muerte y un renacer en otro más acorde, mejor dispuesto para la vida y mejor dispuesto para la muerte.

Las olas de deseo que me asediaban, donde no faltaba la extrañeza y el miedo a lo desconocido, me llevarían más tarde a pensar en mi antigua heredad: los primeros españoles llegados a América, con pocas excepciones y durante un tiempo considerable, vinieron de España sin mujeres blancas a las costas del Caribe. Privados de buenos modales en la mayor parte de los casos, siendo ellos unos hombres

fuertes pero malogrados, buenos para imponer y apropiarse y malos para seducir, se juntaron con indias, y más tarde con negras siempre en la *posición del misionero*, el blanco barbudo encima y la india, o negra, quieta debajo. Eran los derechos de pernada del señor gracias a las encomiendas, mismas que había inventado el mañoso e ingenioso Colón para temperar el ánimo beligerante de los insubordinados españoles sublevados por su despotismo. *El huevo de Colón* le daría la vuelta al mundo y los imperios de Europa aprenderían la lección del almirante genovés, sus truculencias y engaños, y la pondrían en práctica de manera deliberada, concienzuda, minuciosa y escrupulosa a lo largo de tres siglos de racismo, despotismo y esclavismo, marcas que identifican a Colón, con poblaciones negras de África.

Tales fueron pues nuestras queridas primeras madres, pensaba, de las que nos avergonzamos demasiado tiempo, hasta recuperar la dignidad que los vencedores borrarón en los vencidos al imponerles sus propios valores, fundados en la discriminación y en la segregación de los que “no son como nosotros” y han de ser como nosotros mediante un adoctrinamiento, según la lógica de Francisco de Vitoria expuesta en su libro *Sobre el derecho de la guerra y la paz*. Ahí, este consejero de la Corona española, teólogo, jurista y profesor en la Universidad de Salamanca, explicaba sus razones para las “guerras justas”, un modelo del cinismo común de los hombres de Estado en el Norte y en el Sur en la actualidad: que asistía a los peninsulares la facultad para predicar el evangelio a los naturales del mundo americano y el derecho de acudir a la *legítima defensa* si los indígenas,

como lo hicieran en repetidas ocasiones, se negaban a respetar tales *derechos naturales* que se ejercían, principalmente el de la predicación, para utilidad de los mismos indígenas... Y que si no estaban de acuerdo con esto, que se atengan a las consecuencias..., pues, con la ayuda de Dios, os haremos la guerra.

Llegó un momento en que dejar atrás la vergüenza por las primeras madres se volvió en mi vida una tarea imperiosa, hacer de la piedra en el zapato la piedra sobre la cual ofrecería el sacrificio expiatorio por todas las humillaciones y ofensas recibidas por aquellas criaturas durante un tiempo inconmensurable por parte de sus ascendientes y que aún no cesan, pues, a su pesar, o abiertamente, los amos fustigan a estas minorías, y esto desde el mero principio, cuando indios y negros fueron convertidos en siervos y esclavos y encomendados a blancos españoles pobres que con el grito de “¡A lo que vinimos!”, los exprimían a lo largo, a lo ancho y a fondo, para volver tan pronto fuera plausible con la bolsa llena a la península.

Quién sabe por qué caminos yo me había criado en una particular atención a la condición de los otros, cultivé una vena sensible al sufrimiento ajeno, así que no tardé en perder un resto de vergüenza por mis primeras queridas madres indias y negras que practicaron la cópula siempre en la posición del misionero. Desde mi primera juventud, no solo no me avergonzaba de mis ancestros negros e indios, sino que pugnaba por afirmar sus rastros en mí, hasta derivar en una suerte de devenir-indio y devenir-negro imperceptibles, imprevisibles.

Sentía que mientras más y mejor afirmaba esta condición mestiza en mí, más a fondo comprendía la mezquindad de quienes, avergonzados de sus orígenes mestizos y humildes, renegaron de estos orígenes a la par que, cegados por el fulgor que despide, se plegaron al Imperio blanco, mismo que se comporta como un pirata que roba a un país ajeno y lo somete a la servidumbre, a la par que sojuzga impunemente a las minorías desde siempre, desde siempre que hubo imperios y minorías, reseñados, o no, en la historia universal de la infamia. Así, Marco Fidel Suárez, de origen humilde, que había nacido en una choza con techo de paja en Bello, Antioquia, hijo de una lavandera abnegada, creció, fue presidente en 1918 y echó tierra a sus orígenes al fundar su divisa: “*Respice polum* (mirad al Norte)”, pues con esta divisa no estaba invitando a contemplar preciosas auroras boreales, sino incitando a fijar la vista, hasta encandilarnos con su resplandor, al imperio del Norte, que en 1903 había arrebatado Panamá a Colombia y con el que contraeríamos comenzando el siglo xx una deuda que nos haría súbditos sumisos y serviles hasta que san Juan agache el dedo..., y mientras, *jugueemos a la rueeeda mientras el lobo está, ¡lobo está?*..., sin reparar en las vehementes advertencias del lúcido ingeniero que diseñó el túnel de La Quebra para el paso del tren que desde Medellín tenía como destino Santa Marta en la costa Caribe, Alejandro López, en su libro publicado en Londres, *Problemas colombianos*.

Mientras que Suárez fue aspirado y *alzado a la civilización de la barbarie*, yo, movido por fuerzas que hacían lección, contraía alianzas con las minorías, con todo aquello

que, consciente de sí, se aparta del patrón, y hacía lo propio para afirmar, actualizar y encarnar mis trazas, fruto de todas las mezclas posibles entre estas cuatro razas, blanca, india, negra, gitana o mora, a saber: mestizos, mulatos, zambos, cuarterones, octavones, chinos, saltapatrás, lobos, jíbaros, cambujos, zambiagas, calpamulatos, tentenelaire, etc. Entre tantos ascendientes que yo tenía, uno que otro canalla, uno que otro tramposo, uno que otro taciturno, uno que otro misántropo, uno que otro místico, uno que otro mujeriego y libidinoso, uno que otro hedonista, uno que otro perverso, uno que otro jugador, uno que otro laborioso, uno que otro parásito, uno que otro traidor, uno que otro virtuoso, uno que otro asesino, ¡qué duda cabe!, mi tataratataratataratatarabuelo era un tentenelaire, vivía en suspensión, ¡cuánto tenemos en común!, como cualquier meteoro, las nubes, el rocío, la lluvia, el rayo, la niebla, el arcoíris. Mucho más atrás que aquellos progenitores, yo no había olvidado el humus negro, fecundo y oloroso del que provengo, *homo-humus-humilis*, había dejado atrás mis arrebatos altivos y sentía cada vez más y con mayor fuerza la atracción, y no la aversión, de la tierra. Si Suárez aspiraba hacia arriba, captado por el hechizo del Imperio y por sus propias ganas de trepar, yo aprendí la nada fácil lección de aspirar hacia abajo, ahí donde el poeta de la sangre nueva, Walt Whitman, encuentra la hierba, que crece en todas partes y en medio de las cosas: *“Me doy al barro para crecer en la hierba que amo. / Si me necesitas aún, búscame bajo las suelas de tus zapatos”*.